



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

Últimos Discursos Oficiales de Septiembre a Octubre de 1916

Discurso pronunciado el 16 de
Septiembre (1916)

Secretario de Relaciones Exteriores, Señores:

Tiene la tribuna popular la virtud de consentir, en la jubilosa expansión de estas grandes solemnidades, la exhibición de todas las audacias con tal de que ellas demuestren sinceridad y amor. La palabra en la cátedra requiere sabiduría y persuasión, la palabra en el púlpito requiere fanatismo y unción, la palabra en el parlamento requiere brillantez y agresividad, en tanto que la palabra en la tribuna popular debería reunir la sabiduría de la cátedra, la crédula fé del púlpito, la brillantez del parlamento para que fuese, a la vez, educadora y persuasiva, colorida y brillante, para que hablase a la inteligencia y al corazón y para que exaltase todas las grandes pasiones inspiradas en las páginas del pasado,

preparándonos para hacer la historia del futuro con el saludable ejemplo de la sangre, las lágrimas, los esfuerzos y los heroísmos de todos. Si no es así, es porque hemos abusado en nuestro país de la tribuna popular y multiplicando las fiestas cívicas, las convertimos en el florilegio de nuestros intereses partidarios, degradando las grandes concepciones que simbolizan el amor patrio. Pero el 16 de septiembre sí es la fiesta nacional, ésta es la fiesta de la Patria, al altar de los libertadores pueden llegar todos los ciudadanos despojados de sus mezquinas rencillas, de sus miserables y pasajeros odios, para prosternarse, esparcir su ofrenda de flores y, quemando la mirra y el incienso de la gratitud eterna, repetir año por año, que sabrán guardar con dignidad la tierra por aquellos libertada.

Consecuente con este criterio, permitidme, señores, que, al dirigiros la palabra, me despoje ahora de mis propios rencores, de mis humanas flaquezas y desaparezca el hombre de partido para que, identificado con los mexicanos de todas las épocas, de todas las clases y de todas las tendencias, invoque el sagrado principio de la libertad, de la Libertad de la Patria.

Desde que México conquistó su autonomía, su organización política ha sufrido las naturales convulsiones de un organismo en formación y como no podía escaparse a fatales leyes evolutivas, sus etapas han sido sangrientas, dolorosas; pero progresivas.

Los consumidores de la Independencia, no fueron los mismos grandes idealistas que la habían iniciado. Hidalgo, Allende, Abasolo, significaron audacia, abnegación, estoicismo. Morelos, Bravo y Rayón, sueñan con un país libre, con instituciones democráticas y principios

avanzados, en tanto que los consumidores de la Independencia, admitieron la preponderancia de los criollos y de la casta militar por encima de todas las otras clases y subyugando a todos los otros intereses; y, así surgió el efímero Gobierno de Iturbide, y, tras él, una serie de revueltas, motines, cuartelazos y gobiernos de facción, verdaderas satrapías en las que siempre hubo un grupo absorbente, incapaz de pensar en la nacionalidad y sin aptitudes para dar al Gobierno de un país libre energía y fuerza basada en hombres libres. Ni siquiera fueron grandes despotismos, ni siquiera fueron grandes tiranías, no tuvieron semejanza con el Imperio Militar Romano, sino en los vicios de su decadencia, hasta el despertar de la Revolución de Ayutla. Después, la Reforma y la guerra extranjera, Tuxtepec fue un cuartelazo que tuvo buena fortuna, y la Ciudadela fue otro cuartelazo de inmediato desastre y rápido castigo, y, por fin, la revolución social de los últimos seis años, convertida hoy en Gobierno.

Nuestra deficiente preparación para la vida pública, nuestra moral coja, nuestro empequeñecimiento colectivo, si no fuesen perdonables, pueden ser explicados; pero debemos enorgullecernos al pensar que en esta última e intensa convulsión nacional, todo instinto anárquico ha sido reprimido, toda disgregación incoherente ha sido evitada.

¿Qué nos toca, entonces, por hacer?

Entrar serenos al período de la consolidación, aprovechar todas las energías de las luchas internas y demostrar que la selección lograda por largas guerras y frecuentes sangrías, nos han hecho capaces de formar un

pueblo libre, orgulloso de su nombre y respetuoso de sus glorias.

Dedicarnos a hacer Ciencia para que toda ella se aplique al progreso y grandeza de la Patria.

Hacer Industria para que, sus descubrimientos y producciones, nos proporcionen elementos de defensa económica y bélica.

Hacer Arte no con el bizantinismo de pasadas épocas, sino para que sepamos embellecer la vida y aprendamos por él a amar los valles prodigiosos, las montañas nevadas, los ríos fecundantes y los verdes prados mexicanos; busquemos arte en las estrofas de nuestros poetas, en las paletas de nuestros pintores, en la armonía de nuestros músicos y en nuestros pájaros y en nuestras flores.

Hacer que la Ciencia, la Industria y el Arte nos den fisonomía nacional, moldeada por la educación; por la educación de una juventud preparada para la consciente labor de trabajos y esfuerzos, y no de servilismo y abyección. Educar a la juventud no para la obediencia ciega, sino para la cooperación inteligente; en una palabra, renunciar a la vergonzosa tarea de hacer siervos para dedicarnos a la elevada profesión de hacer ciudadanos.

La pretensión de que el saber y la actividad de unos cuantos podría reemplazar al criterio común y dirigir a una mayoría ignorante e inepta para la vida civilizada de hoy, es el error en el que descansaron los antiguos despotismos y las anarquías republicanas.

En la competencia mundial no basta la fuerza física y en el concierto de los grandes pueblos, se necesita equilibrar esta fuerza aglomerando aptitudes vigorosas de po-

tencia intelectual, almacenando ilustración y saber. Por consiguiente, en una nacionalidad que no quiere quedar rezagada, el primer deber popular representado por el Estado, es educar a todos.

La soberanía de un pueblo no es sino una ficción o un sueño cuando, para asegurar el derecho a la vida libre, no hay voluntad consciente, hija de la personalidad ya creada. Nuestro pueblo obtendrá esa personalidad, levantándolo por la Escuela; pero también proporcionándole inmediatamente elementos capaces de salvarlo de una esclavitud impuesta por las clases mejor preparadas; así, para que la Escuela sea emancipadora no debe dar simplemente el alfabeto, sino también la habilidad manual, la competencia profesional que mejorando la producción aumente el salario.

Poscer el alfabeto es indudablemente mejor que no saber leer ni escribir; pero esas ventajas no hacen ganar nada a la humanidad, si no cuenta con el desarrollo de facultades que habiliten al hombre para su provechoso empleo.

En la Pedagogía moderna, la Escritura-Lectura es una forma auxiliar irrecemplazable para asimilar instrucción, pero relacionándola con la importancia de la obra total, es simplemente un detalle.

Jacobo Varela, el eminente pedagogo uruguayo, se hacía ya en el año de 1880, estas admirables interrogaciones:

¿Qué importancia relativa tiene, en efecto, saber traducir en sonidos un orden determinado de caracteres, si no se ha contraído el hábito de asimilarse pensamientos que en esa forma se transmiten entre sí?

¿Qué importancia relativa tiene saber trazar algu-

nos signos sobre el papel, si no se tienen ideas que expresar.?"

Si nuestro problema es ser fuertes, el programa debe ser prepararnos para ser fuertes. Sólo que la fuerza no consiste en habilidades aisladas e incoherentes, sino en conjuntos que converjen, causas orientadas y propósitos disciplinados.

Cuando va a iniciarse una era nueva para el gobierno de la Sociedad mexicana, cuya fortaleza ambicionamos todos, es la oportunidad de definir cómo y de qué manera puede ser fuerte un Gobierno. Afirmamos frecuentemente que el Gobierno es fuerte cuando es despótico; pero, para ejercer el despotismo, se necesita saber contra quiénes va a aplicarse, porque no ha existido en el mundo ningún déspota capaz de hacer sentir su omnipotencia a todas las clases sociales.

Si no puede existir fortaleza en un Gobierno, sino cuando está basado **en el bien social**, es claro que el único despotismo saludable es aquel que se ejerce a favor de la mayoría nacional; un Gobierno así, no hace otra cosa que estorbar la peligrosa acción de una oligarquía dominante, ó de una demagogia desequilibrada y perturbadora.

Los que ambicionamos francamente un Gobierno fuerte para nuestro país, no nos imaginamos que se trate de un Gobierno militar, porque el militarismo es un estado patológico en las sociedades y el absolutismo no es una condición de fuerza para las sociedades militares, siempre hijas de una enfermedad o debilidad interna originadas por la carencia de los verdaderos sentimientos de justicia.

Necesitamos Gobierno fuerte, precisamentete por su

capacidad para dar una educación ciudadana en la que se armonicen los más nobles intereses de la sociedad.

Es cierto que la completa solidaridad nacional no puede lograrse nunca en un país y que la unión, la elemental unión de un partido político no se logra casi nunca entre nosotros.

Todavía no explica la Historia el origen de apasionados odios entre girondinos y jacobinos, es decir, entre los elementos activos del Gran Partido Revolucionario Francés.

¿Por qué se distanciaron Danton y Robespierre, cuando los aristócratas aún no eran vencidos del todo, cuando los realistas, los emigrados se aliaban al extranjero, para combatir a sus conciudadanos de la Francia revolucionaria?

Sepamos nosotros estar unidos por el patriotismo, aun cuando nos separen personalmente antipatías, divergencias de opinión o faltas de acuerdo en el detalle; unidos por el patriotismo, lo fundamental se habrá salvado.

Nosotros juzgaríamos tan criminal al gobernante que entronizase en México un despotismo autocrático militar, como aquel que admitiese la tiranía de grupos demagógicos mal preparados para hacer prevalecer leyes equitativas y justas en el actual estado del pueblo.

Nosotros juzgamos que la fuerza del Gobierno es esencial para la conservación de la libertad y que estos dos intereses deben considerarse inseparables. Las más peligrosas ambiciones se han ocultado bajo el brillante disfraz de gran amor por los derechos del pueblo, y no adoptando la etiqueta poco atractiva de sostenedores de un buen Gobierno, y está demostrado por la historia de

todos los pueblos que la mayoría de los destructores de las libertades republicanas, han hecho una violenta carrera de la demagogia a la tiranía.

Por lo tanto, para tener gobiernos fuertes, debemos asociar un afán decidido para conservar incólumes los derechos del pueblo, al ilustrado celo en favor de un gobierno enérgico y eficaz.

Sea la preparación ciudadana uno de los grandes aspectos de nuestro porvenir gubernativo. El hombre que conozca sus derechos políticos sabrá hacerlos respetar, y cuando todos sepamos ser soldados, no habrá el peligro de un privilegio especial de la clase armada sobre la población inerte.

Por eso aplaudimos la preparación militar. Por eso celebramos la educación militar que, por encima de todas las vacilaciones, se adapta y prospera en toda la nación, como un grato presagio, como una bienhechora promesa. La educación militar de todos los mexicanos es la única defensa futura contra los cuartelazos bochornosos de un pretorianismo nacional, y contra todas las vejaciones y atentados del exterior.

Confiamos en la victoria definitiva de la República Mexicana, como precursora de una alta política latinoamericana, y no desmayemos ante la enormidad de los obstáculos.

Será preciso pensar que los hombres de la Independencia tenían preparada el alma para las grandes creaciones, y esta pobre generación nuestra que surgió en una época carente de ideales, ayuna de principios, devorada por la fiebre de ambiciones materiales y torturada por todas las concupiscencias: esta generación nuestra adiestrada en todos los egoísmos, necesita esforzarse pa-

ra interpretar, ciega de veneración y soberbia de filial orgullo, aquella nobleza, aquel desinterés, aquel valor, aquel gigantesco heroísmo del grupo de Conjurados Insurgentes que, cuando todo era dominado por España, cuando todo era subyugado por españoles, cuando ellos eran amos y señores para disponer de la riqueza, del honor, de la paz de todos los hogares, de los derechos de todos los hombres gritaron: "VAMOS A COLGAR GACHUPINES."

Carecían de todo, los dominadores lo tenían todo; pero los Insurgentes, agitados por las ansias de Prometeo, sabían que en el fuego estaba la libertad y se entregaron a las crueles torturas de una lucha desigual cuyo fin nadie podía prever. Fueron los creadores de una nacionalidad y, su memoria, nos exige conservar nuestra libertad y nuestra soberanía sin medir la inmensidad de los peligros ni la fortaleza de los adversarios.

Invocad la visión de aquella barapienta chusma que sigue al Cura rebelde: poned frente a vuestros ojos atónitos y vuestros corazones anhelantes, a la multitud abigarrada, a la horda indefinible que improvisó sus armas con los árboles de los bosques, que hizo sus proyectiles con las piedras del camino, que transformó picos y azadones en espadas y lanzas y que, poseída de todos los delirios, salió a la palestra en la aventura del más ilusorio encantamiento, no a luchar contra simples molinos, sino contra fieras. No con rodela y tizona, sino desnudo el pecho, la melena al aire, la voluntad en el corazón, la fuerza en el brazo y la ira en el alma. (Aplausos.)

Y cuando de toda aquella debilidad angustiada, de aquella embriaguéz de ensueño y de esperanza, miráis salir la victoria sobre la radiosa espuma de todas las fu-

rias libertarias, como Citerca de las espumas del mar, volved piadosos los ojos hacia aquellos mexicanos que en cobardía temblorosa, juzgan a la Patria débil en su pobreza de dinero, débil en su pobreza de hombres, débil en su pobreza de armas, y encontraréis el parangón entre aquellos padres gigantes y aquestos hijos pigmeos; entre los que hicieron el todo de la nada y entre aquellos que no se sienten capaces de hacer nada por nada.

Hoy los fanatismos destruidos, los privilegios muertos, ya ni heráldicas que blasonen doradas vaciedades, ya ni castas oprobiosas ni fueros insolentes, todo al alcance de los que trabajen, porfien y aspiren.

Mexicanos: hoy todo es nuestro y, a defenderlo, nos impulsan las virtudes elementales y los sentimientos instintivos; ahora nuestros intereses y nuestro amor se identifican. Sin embargo, todavía por calles y por plazas solemos escuchar, sin maldecirlos, a espúreos voceadores que, brillantes los ojos de codicia, venden su alma mercenaria a tantos por uno, jugando con la "baja", siempre con la "baja" de la moneda nacional. Es acaso el redimento de la esclavitud la que los oprime con la roca de Sísifo. Es que están sentenciados a vivir en un cementerio de almas a donde apenas brillan las pasajeras fosforescencias del provecho inmediato y del cotidiano lucro. Tal vez todo eso. Tal vez menos que eso. Cuando sintáis tropezar vuestras plantas con tales guijarros, cuando roce el pantano vuestras vestiduras y el vaho de fango eleve sus miasmas hasta vosotros, consoláos de estas minúsculas podredumbres, recordando las cabezas ensangrentadas que en las cuatro esquinas de la Alhón-

dira de Granaditas, esparcieron su sangre como radiación luminosa de libertad; invocad la visión de aquella chusma desnuda e inerme, que hizo sus armas con los árboles de los bosques, sus proyectiles con las piedras del camino, y desnudo el pecho, la melena al aire, la voluntad en el corazón, la fuerza en el brazo y la ira en el alma, nos dieron Patria. (Aplausos nutridos.)
